

EL
CHORRILLO
ES
UNA COPLA

URBANO J. NUÑEZ

(AÑO 1993)

San Luis, rumbo a los 400 años.

Cuando el ojo de agua abrió su pupila enamorada del cielo, un manantial de poesía tornó más donosa la buena tierra de la querencia.

Por ahí nomás, donde todavía se estiraba el campo en fuga de venados, la silvestre gracia de los algarrobo convocó a la calandria y al zorzal, para que a rigor de gorjeo y de silbido despertasen el frescor de la mañana.

Y más allá, hecho baluarte de la esperanza, el espolón de la sierra desgarraba la soledad y prometía la honrada cosecha de la paz.

Maravillado quedó Juan Llerena al enfrentar la placidez del Chorrillo. El paraje, surcado por el hilo musical de la vertiente, encendió el fervor de su

sangre serrana, andariega pero volvedora, como lo reclaman las antiguas voces del terruño.

Y al adentrarse en el cóncavo portal de la patria chica, Llerena nombra espléndido al valle y escribió, con delectación de enamorado, una de sus páginas más llenas de luz.

Rubia arena de los días, los versos del poeta dijeron después de la canción que tiembla, esperanzada y leve, como cabellera de sauce:

*“Aquí la vida con fecunda serenidad sabe latir;
canta en las sierras agua helénica,
dilata el pecho aire sutil...
Espiritual es tu paisaje,
verde y azul, noble San Luis;
y en ti un perfume de alma nuestra
honra el esfuerzo de vivir...”*

Claros, memoriosas tierras del Chorrillo...En su remanso con sabor a madrugada, afirmaron los carreteros su deseo de andar y andar, tatuando la pampa con el surco empecinado, que es otro nombre de la huella.

Quién no oye todavía, cuando el fogón disimula el parpadeo de la nostalgia, quien no oye el quejumbroso decir de las guitarras, salpicado por el desvelo de los cencerros madrineros?

El Chorrillo es una copla....

*“Amalaya mi vida
fuera guitarra,
pa tenerte en mis brazos
atravesada.....”*

El camino, lanza de luz clavada en el horizonte, se alarga por el valle pintoresco y manso donde las vertientes del Chorrillo dan nombre al paraje y prometen la pausa del agua que sabe hablarle al corazón.

Jalonando la huella, el rotundo perfil de la sierra convoca alas y nubes, en tanto el monte despliega su bandera bordada de trinos.

Acá, la legendaria Punta de los Venados, la misma que aquerenció a los conquistadores y se tornó cofre de amor en el misterio maternal de Juana Coslay.

Y más allá, como una legua de buen andar, la Punta de Astorga cuenta historias de guampas y maíces, de arrias y carretas doloridas de tanto andar enamorando madrugadas.

En la dorada sonrisa de los espinillos, en la immaculada gracia de la flor del aire, en el parpadeo de la arena desmemoriada, el hilo de agua enhebra nostalgias y sueños, suspiros y recuerdos, cuando la noche deja que la luna se vaya cielo adentro, nombrando soledades.

Entonces vuelven al Chorrillo las sombras cenicientas de los que antaño le dieron pulso y fervor. Es Simón, el brujo que sabe curar maleficios. Es don Francisco Miranda, que ciñe espada de justicia. Es Baigorria, que vuelca su amargura en la furia del malón. Y es Juan Saá, que levanta su lanza para defender la esperanza de los pobres.

Lleno de luz y gorjeos, el valle del Chorrillo despierta bandadas de versos. Y andando, el corazón canta:

*“Caminos de la montaña: fatigados en las cuestas,
sonrientes bajo los álamos, difíciles en las piedras;
buenos, en la menta dócil; malos, en la espina aviesa;
oro caído en otoño, seda verde en primavera...”*

La melancolía no es más que una paloma que surca el cielo de la tarde. Orillando la sierra, mientras bajan hacia el corral las cabras y el fogón abre su corazón sin sueño, el hombre de la tierra canta. Nada puede el filo de la soledad, nadie apaga las estrellas del alma.

El Chorrillero es una copla....

*“Si hay tras de la muerte amor,
después de muerto he de amarte;
y aunque este en polvo disuelto,
seré polvo y fino amante...”*

Para que nadie mentase a la pobreza, la tierra se cubrió de árboles. Primero fueron los espinillos, los talas y la jarillas los que tentaron la baquía de las hachas. Después, enamorados del agua, los sauces y los álamos contrapuntearon cerca de las casas, donde el horno redondeaba su lomo tibio de promesas.

Monte para el pájaro, el hombre y la estrella, porque cada cual encontraba proporción para conversar con Dios. Poco o mucho, según las horas y los días, pero siempre con fervor.

Cada tronco era una esperanza. Cada rama una oración.

De eso sabía mucho el maestro Hilario, que fue santero y soldado, pero que jamás dejó de bendecir a la Virgen del Rosario. Cosas que tiene el corazón aguerrido en soledad y buena fe.

Pero mal esta decir que el maestro Hilario alguna vez estuvo solo. Por que, según cuentan los que saben, a él no le faltó nunca la buena compañía de Nuestra Señora.

Y el que lo dude, que recuerde lo que una vez le paso, por ahí cerca del Chorrillo.

Desde el Morro venía el maestro Hilario para la novena de la Virgen, a la que no faltaba ningún año.

Contento venía, con unas velas y unos reales para dejar en el altar. Pero, como tormenta de viento, de pronto se le echaron encima los indios que habían estado escondidos en un recodo del camino.

Para defenderse, el maestro Hilario no tenía más que el rosario. A él recurrió, mientras se hacía perdiz entre la rústica bondad de palquis y poleos.

Y la Virgen lo amparó.

En vano fue que los indios prendieron fuego a los pastos: parecía como si al cristiano se lo hubiera tragado la tierra. O que se hubiera hecho humo al soplo del Chorrillero.

El maestro Hilario se salvo. Y año tras año, hasta que le llegó la hora, por ahí cerca del Chorrillo se paraba junto a un caldén y le daba gracias a la Virgen del Rosario.

Pero el Chorrillero es una copla. Y más de una vez, dicen que el maestro Hilario se ponía a cantar:

*“A la puerta del cielo
llega un serrano;
sale San Pedro y dice:
-Pase, paisano...”*

Don Juan Gez, que gustaba andar recorriendo el terruño, enseña que el hermoso valle del Chorrillo está a cinco kilómetros al Este de la ciudad de San Luis y a una altura de 850 metros sobre el nivel del mar, o sea a unos 120 metros más que la plaza Pringles.

En ese pintoresco valle el arroyo de las Chacras se junta al arroyo de Chuchi-Corral, y a un kilómetro y medio de esa unión, hacia el oeste nace el arroyo conocido como el Chorrillo, el cual da nombre a todo el paraje.

Este es un detalle que no siempre recuerdan los estudiosos: que tanto el valle como el arroyo y también el partido, tienen el mismo nombre. Los pobladores del lugar, con mucha justeza y superando carteles equivocados, dicen siempre Chorrillo, porque el Chorrillo es uno solo.

Año tras año transitaron por allí los chasques del Rey y de la Patria nueva. Por ahí se trazó también, a mediados de 1858, la llamada “carretera del Fuerte Constitucional”, que enlazaba la ciudad de San Luis a la floreciente población levantada por Daract en el lugar de las Pulgas, en la orilla del río Quinto.

Y un lustro después, el armonioso topónimo aparece engarzado en el informe del gobernador don Juan Barbeito, quien recuerda las dificultades que el agrimensor don Mamerto Gutiérrez debió superar en la “vuelta del Chorrillo”, al rectificar el camino nacional.

Ahí, en el Chorrillo, el hombre siente el ímpetu victorioso de su fe y de su constancia. El agua, con su hondo decir, habla de eternidades. En el humo del cigarro se tornan azules todas las penas. Y hasta rueda cordial la pircadía, hecha danza sobre la dureza del patio propicio.

El chorrillo es una copla...

*“Yo te quisiera querer,
y tu mamá no me deja.
La celosa de tu vieja,
que en todo se ha de meter!...”*

Hay una extraña y misteriosa melodía escondida en los nombres antiguos de esta tierra. Brotan de ellos esencias del pasado, y cuando los labios los pronuncian sin prisa, el corazón comprende mejor el tiempo que pasó.

Tiempo que no está muerto, porque florece en la sangre de la estirpe y se prolonga en el heroico anhelo de ser fiel a los antepasados.

Quién ha visto salir el sol sobre la tierra puntana, comprende que ella es el bronce glorioso que perdura cual testimonio de fe y de voluntad.

Nombres antiguos, gratos y sonoros: así ese del Chorrillo, que aquerenció al puntano y lo hizo centinela de Cuyo. Así el de las Chacras, el del Portezuelo, el de la Loma Colorada.

Nombre en los que revive un ayer que sabía fructificar en virtudes y en sueños, en afanes y alegrías, porque de todo sembraba el puntano por Chuchi-Corral y los Socavones, por la Aguada de los Padres y la Quebrada de los Cóndores.

Y quién no anduvo enamorado por esa sierra?

Añoranzas y cuitas de amor, penas que el tiempo lleva y trae, y que se ahondan en el llorar de las cuerdas compañeras.

Renovado verdor de los álamos, repetida congoja del agua que en la acequia ríe, canta y llora, enamorada siempre.

El Chorrillo es una copla...

*“Cansado estoy de vivir
la vida que estoy viviendo.
Que también la vida cansa
si se vive padeciendo...”*

La tierra también se prolonga en los apellidos. porque el hombre es como un árbol, y el tiempo le da flores y le da frutos, para que enderece cielo arriba, hasta topar el vuelo de los ángeles o bendecir la plenitud de Dios.

El hombre es como un árbol: espinillo, tala, higuera o duraznero.
Y a lo largo de los años no se borra, sino que perdura en los apellidos
con sabor a terruño.

Cien años atrás era juez de paz del partido del Chorrillo don Mateo Ojeda y por ahí tenían su negocio los pulperos Rafael Giménez y José Chávez, rico uno y trabajadores los dos.

había también laboriosos artesanos, que hacían maravilla con el cuero. Curtidores, como Eulogio Lucero, Guillermo Ávila y Ramón Garraza. Lomilleros eran Juan Orozco y Crispín Lucero. Y no faltaba trenzador que, para no variar, también se apellidaba Lucero.

Pasado y presente viven en los apellidos. Pero hay que tener cuidado, porque entre guitarras y copas, el cantar se vuelve atrevido.

Y esto se oyó por ahí, donde el Chorrillo es una copla:

*“El que nace en estos pagos,
ese es el criollo mejor:
el que no es sobrino’el cura,
es hijo’el gobernador...”*

A los pobladores del Chorrillo no le faltaron buenos maestros. Y es lindo que su escuela de ahora se llame Juan Martín de Pueyrredón, porque tan noble patricio anduvo por esas tierras enseñando a desterrar la discordia para que el país creciera digno y respetado por todos.

Pero no hay que olvidar a los preceptores de antaño, porque también ellos le dieron perfil a la patria. Y aunque sus nombres no resplandezcan en el bronce, hay que decirlos con agradecimiento.

Allá por 1872 atendía la escuela de Cuchicorral don Pedro Orozco. Claro que era de varones. Pero la familia que podía hacerlo, mandaba las niñas a la escuela de Potrero de los Funes, que estaba a cargo de las hermanas Florencia y Visitación Miranda.

Poco tiempo después don Facundo Mereles comenzó a enseñar a leer y escribir en San Roque, con el agregado de que también de noche funcionaba la escuela para los artesanos y peones del lugar.

En el Chorrillo, la primera escuela mixta se estableció en 1875 y la preceptora se llamaba Clarisa Quiroga de Giménez.

Con tantos maestros, hasta los cantores salían letrados. Y por ahí, al compás de la guitarra, decían:

*“Tomo la pluma en mi mano
y te escribo este papel,
para que sepas por él,*

vida mía, cuanto te amo.”

El Chorrillo es una copla...

Los papeles viejos guardan interesantes noticias sobre la vida de San Luis en años remotos. Uno de ellos nos dice que el Marques de Sobremonte, en 1785, describía así a la población de la Punta:

“Está regada la ciudad por una acequia que se forma de las vertientes de unos cerros inmediatos, y reparte sus aguas por las casas del pueblo, para el riego de sus árboles frutales y maíces”.

Otros papeles enseñan que, casi por los mismos años, don José Gregorio Giménez abrió la primera toma en el Chorrillo, aunque algunos vecinos de la ciudad protestaron porque se quedaban sin agua.

Porque el agua siempre fue la preocupación del puntano y, sin hablar mal de nadie, el que no la robaba era porque no podía.

Leyes y decretos tratan el problema, pero no dan más agua. Hasta que los diques iniciaron una nueva época.

El Chorrillo es una copla. Y como tiene corazón de cristal andariego, en el cantar nombra la preocupación antigua. Y así dice el cantor:

*“Agua que busca su centro
no le han de poner represa.
los desprecios que usted me hace,
los recibo con fineza.”*

Enredado en el humo de los fogones, de vez en cuando se oye por ahí algún cantar que nombra antiguas esperanzas.

Luchas, dolores y sacrificios reviven en las gastadas palabras que la memoria de los viejos escarba en el rincón polvoriento de los sueños que nunca se cumplieron.

Versos simples, que al viento de la emoción se vuelvan chispas y brillan, por un momento, como tucos errantes:

*“El día menos pensado,
con su lanza victoriosa,
don Juan Saá vendrá a buscarnos
para cubrirnos de gloria.
Con el chambergo de Mitre
no se han de arreglar las cosas.
Hace falta que a los pobres
nos dejen abrir la boca.”*

Así cantó algún payador del Chorrillo. Pero su nombre se ha perdido también. Se ha borrado, como el de Cirilo Allende y el de Eduardo Barbeito, que gustaban de versos y guitarreadas. Menos mal que todavía alguien recuerda a Ricardo Arancibia, que tanto cantaba a los sauces del Chorrillo como convertía en zamba la majestuosa altivez de la Quebrada de los Cóndores.

Más cerca de nosotros anduvieron también los Maruchos del Chorrillo, y el estruendo de la ciudad nueva no ha logrado apagar la melodía de su pasión puntana.

Lo mismo que ayer, el Chorrillo es una copla:

*“Así cantaba un puntano
que de pena se moría:
-Por lejos que vos te vayas,
te he de alcanzar algún día.”*

Descendiente de los fundadores era doña Marcela Muñoz. Cuando contrajo matrimonio con el Capitán Miguel Gerónimo de Orozco, allá por 1600 y tantos, recibió en dote las tierras de Cuchicorral, la quebrada y también el Portezuelo.

A fines de 1742 don Pedro de Sosa, nieto de doña Marcela, donó las referidas tierras a los jesuitas. Después de la expulsión de estos religiosos y particularmente en la primera década del siglo 19, nuevos pobladores unieron sus apellidos a los linajes arraigados en el Chorrillo.

Así, a los Orozco, los Porres y los Lucero, se sumaron los Alaniz, los Velásquez, los Villegas y los Giménez, convocados por el agua milagrosa.

Tiempos viejos... Tiempos idos... Queda, sin embargo, la gracia de los amaneceres plenos de esperanza, fuente de luz donde la calandria teje su musical maravilla.

Rústicos aromas brotan de la tierra y se van, trepando la sierra, como un muchacho campesino de pocas palabras y mirada honda, de esos que leen en la senda mejor que en la cartilla.

Comarca propicia al contrapunto, el Chorrillo es una copla.

Y van y vienen, cruzando el aire fragante, los versos que cortan como cuchillos

*“A mí me dicen el negro,
porque quiero una donosa.
Cómo no se han de enojar
si yo quiero una buena cosa!”*

Fue don Felipe Velásquez quien explicó mejor el origen del nombre chorrillero, que se da al más famoso viento puntano. Dice el galano maestro que ese viento corre en dirección Sudeste, “hasta tocar la punta de la sierra del Chorrillo, que le presenta un valuarte de unos 20 kilómetros de extensión y una altura de unos 800 metros sobre el nivel de la pampa”. Al chocar con esa pétrea muralla, el viento se desvía al Oeste, aprovechando el portezuelo o corte de esa sierra. Y como por ese lugar corre el arroyo del Chorrillo, el viento bravío toma el pintoresco nombre de chorrillero.

Acompañado por ese viento saludable, el puntano escribió muchas páginas heroicas. No sólo de aquella de lanza y galope, sino también la de vivir lleno de esperanza y fe.

El Chorrillero sabe de malones y de montoneras, de soledades y de angustia, de pregones de guerra y canciones de paz. Anduvo y anda por estas tierras, manteniendo viva la hoguera de los sueños y poniendo canciones en los labios de la gente de esta tierra, acostumbrada a mirar sin miedo el horizonte lejano.

La sierra de San Luis es un himno de victoria. Al pie de ella, verde de álamos y claro de alegría, el Chorrillo es una copla:

*“Cinco sentidos tenemos,
todos los necesitamos,
y a los cinco los perdemos
cuando nos enamoramos.”*

La Historia es como una moneda: tiene dos caras. Y hay que saberlas mirar, para que no resulte falsa.

Lindo el Chorrillo, propicio al canto y al amor. Pero eso no quiere decir que no haya sido escenario de peleas y entrevero de todas layas. Es que, junto al hilo de agua, discurría la vida. Toda la vida, con sus frutos buenos y malos, como que vienen del árbol que el hombre lleva en el pecho.

Sin ahondar mucho, es fácil demostrar que el Chorrillo fue paradero de arrieros y carreteros, quienes acostumbraban a hacer noche cerca del manantial. Por eso mismo el lugar resultó nido de gente sin ocupación, que se mantenía de los robos que hacían en las haciendas de los vecinos.

En 1882, cuando empezó a construirse el puente reclamado por el ferrocarril que tendía al ingeniero Jorge Evans, el gobierno debió crear una comisaría de la policía en los suburbios, para contener los desórdenes de los trabajadores, quienes tenían su campamento en el Chorrillo.

También bordado de cuchillos y boleadoras, sobresaltado de bochinches y transitado por guapos enconados como espina de tala, el Chorrillo es una copla:

*“Dicen que me vas a dar
hachazos y puñaladas...
Eso será si yo quiero
y si a mi cuerpo le agrada.”*

Quién menciona el Chorrillo, no puede olvidar a los Puquios, que no está muy lejos en la distancia ni en la hermandad del agua.

Los geógrafos nos han enseñado que el Chorrillo nace de unas vertientes. Don Marcelino Poblet -que fue el diputado de San Luis cuando los días de Mayo- explicaba que, desde 1797, el agua había aumentado como consecuencia de la creciente originada por las lluvias de ese verano.

En efecto: la creciente arrastró gran cantidad de arena y dejó al descubierto varios ojos de agua o manantiales.

Puquio -o Pugio, como se pronunciaba en otras regiones de nuestro país proviene del quichua y significa, precisamente, manantial. Cierto que, para dar más hondo sentido a la palabra, ella se enlaza a los mitos de la tierra.

Así el Puquio es un duende que guarda las vertientes y al que es preciso complacer para que no prive a los hombres del agua que da firmeza al pago y llena de verdor y confianza a la querencia.

Cercanos están, en alegrías y esperanzas, los parajes del Chorrillo y los Puquios. Duendes de amor rondan sus noches de claras estrellas. Sobre el encordado de la guitarra, la mano dibuja primores y despierta melodías. Ríos y arroyos rueda, a través del tiempo.

Y el Chorrillo es una copla:

*“Más agua loran mis ojos
que derrama una tormenta.
Los suspiros no los digo,
porque he perdido la cuenta.”*

No todo ha de ser canción que se lleva el viento. Por ahí, a lo largo de ese hermoso valle del Chorrillo, también plantó sus reales el trabajo honrado.

Ya mencionados los curtidores y otros artesanos criollos, no estaría de más recordar que algunos vecinos se dedicaron a formar potreros de

alfalfa. En esto sobresalió don José Elías Rodríguez, que fue padre del famoso Pampa Rodríguez Saá.

En la misma huella de los apellidos de prosapia, recordemos que hacia 1870, cuando todavía los indios llegaban a hacer de las suyas, en ese paraje el doctor Juan Alejandro Barbeito y don Francisco Adaro establecieron un horno o fábrica de ladrillos.

Pero fue don Lino Páez quien, por esos mismos años, quiso hacer resucitar la industria de la alfarería, para aprovechar las arcillas del Chorrillo.

Esas arcillas habían llamado la atención de Sarmiento en la exposición realizada en Córdoba y, según afirmaba Páez, podrían servir para construir los caños necesarios para la conducción del agua a la ciudad.

Con la ayuda de algunos entendidos, las arcillas del Chorrillo darían vida a una industria que sería de provecho y de honra para la provincia.

Trabajar es la ley... Pero como el sudor es triste, por ahí se quedan las ilusiones.

También para enseñar a muchos, el Chorrillo es una copla:

*“Metamos mano a la obra,
que se siga trabajando.
Por un ratito de empeño,
todo el día mañerando.”*

*“Todos elogian al muerto
después que en el hoyo está...
Pero del que vive y sufre,
nadie se quiere acordar.”*

El cantor que así cantaba no había rodado en vano por el mundo. Sin amargura, pero con justeza, ponía de relieve la terquedad del hombre, para quién sólo es bueno el que duerme en la tumba, el que ya no puede hacerle sombra.

A lo mejor por estos pagos también crece ese yuyo malo. Sin mucho averiguar, porque el corazón no se equivoca, llevemos una flor al silencio de un hombre que quiso engrandecer la buena fama de los puntanos.

Se llamaba Domingo Emérito Carreras.

Como una bandera, don Emérito proclamó que “sin el pasado, esta patria no es nuestra; y sin el gaucho no hay pasado”. Por eso convocó voluntades y fundó el “Centro Tradicionalista Sauces del Chorrillo”, para cultivar la música, el canto, el baile y también las industrias criollas, cuyos

trabajos, según él quería, debían exhibirse en un museo destinado especialmente a ese fin.

Domingo Emérito Carreras hubiera gustado decir que el Chorrillo es una copla. Y en sus labios la copla se hubiera hecho flor:

*“Todos vamos corriendo
nuestro destino;
como corren las aguas
por el camino.”*

Cuando la gente creía en la sabiduría de los refranes, acostumbraba decir que “no hay nada nuevo bajo el sol”.

Estos tiempos modernos, además de darnos soberbia, nos han tornado olvidadizos. Por eso nos asombramos de ciertas novedades que son más viejas que la envidia.

Ahora se habla del trabajo comunitario y hasta se le cantan loas a la comunidad, como si recién hubiera venido al mundo. Pero eso de trabajar unidos por el bien común, ya lo practicaban los puntanos hace unos cuantos y olvidados años.

El que quiera un ejemplo, acá lo tiene: en 1914, cuando gobernaba el doctor Juan Daract, se nombraron comisiones de vecinos para dirigir a los camineros que trabajaban en el Puente Blanco, en los Puquios, en el Chorrillo, en Cuchicorral y también en el Trapiche.

Y quienes eran esos vecinos que colaboraban generosamente con su ciencia y su presencia? No es posible nombrarlos a todos; pero basta recordar al doctor Domingo Flores, a don Pedro Orozco, al doctor Emilio L’huillier, a don Emiliano Morcón y a don Baldomero Miranda.

Cierto: no hay nada nuevo bajo el sol. Y a veces, lo viejo suele tener buen carozo.

De eso entiende el que canta. Y el Chorrillo es una copla:

*“A mí me han dao de receta
la florcita del desdén.
Cuando quiera, quiera a vieja,
que las viejas pagan bien.”*

Frente al horizonte nuevo, el poblador de la Punta abrió los cálidos surcos de la esperanza.

Acostumbrado a soledades, le bastaban las estrellas altas para no perder el rumbo que lleva a conversar con Dios. Pero para sustentar su

arcilla propenso al heroísmo, reclamó la fraternal presencia del maíz, ese hermano de la sonrisa amplia y confiada.

Verdes y gallardos, los tallos se alinearon en batallones que se tomaban rumorosos al soplo del viento andariego y provocador.

Ahí, en esa mano abierta del Chorrillo, recostados en la piedra que sabía nombrar eternidades, prolongaron los maíces aquel antiguo mensaje de paz que venía de las entrañas mismas de la América India.

Lluvias y soles ahondaron su perfil moreno y lo empenacharon de victoria. Raudos, los pájaros llegaron a nombrar el tiempo de la esperanza en flor. Y el balido de las majadas sin prisa, la querencia desplegaba su ternura, sabedora de los caminos del alma.

Feliz con su destino, el hombre de estos pagos entrelaza donosos decires. En árbol, en pájaro y en flor, el Chorrillo es una copla:

*“Nadie me gana en querer,
si encuentro correspondencia.
Y si de olvidar se trata,
soy la misma indiferencia...”*

como esos viejos que, al caer la tarde allá en el Chorrillo, se vuelven aparceros del mate para sacarle brillo a los recuerdos, así suelen ser los papeles antiguos para quien los sabe leer sin prisa y con amor.

Amarillentas hojas del árbol de la vida, otoñales testimonios de la fatigosa lucha del hombre, empeñado en perdurar, en sobrevivir más allá de la muerte igualadora, esas páginas borrosas guardan el desvelo del corazón, la constancia de la mano, el ímpetu de la sangre.

Entre las ruinas, los viejos papeles se hermanan a la raíz que sueña con el cielo, aún en la triste indiferencia de la piedra.

Decidores, roídos papeles cuentan cosas de la quieta ciudad de la Punta y nos dicen por qué, en 1750, era una sombra quieta junto al camino de las carretas:

“Una de las causas por la que esta población no se ha propagado, es la escasez de agua; tanta; que sólo provee de la que desciende de un tan pequeño manantial, que se llama el Chorrillo por la poca que escurre”.

Acaso al puntano, más de una vez, le faltó el agua. Pero siempre -y eso también los dicen los antiguos papeles- siempre le sobró valor. Valor y canciones, porque la canción suele ser flor de heroicidad.

Desde muy lejos, el Chorrillo es una copla:

*“Voy a sentarme a tu lado
con el pecho dolorido.
Voy a decirte un secreto:
no me digas atrevido.”*

Muchas páginas se han escrito sobre la carreta y hasta se la ha llamado, con notable justeza, “el navío del desierto”. Pocos han dicho, sin embargo, que la carreta cuyana era un vehículo extraordinariamente pesado, que sólo servía para los suelos blandos, llanos y libres de obstáculo.

Los caminos duros y pedregosos le ocasionaban frecuentes quebraciones, y por eso se distinguían en San Luis parajes ineludibles como el Morro y el Chorrillo, donde los numerosos pedazos de ruedas y fragmentos de tinajas certificaban esas dificultades.

Los carreteros mendocinos, hombres habilidosos y de mucho discurso, se dieron maña para abrir un camino mucho más al Sur, camino que desde la laguna del Bebedero seguía por el Tala y por el Lince, para volver al camino viejo allá por el río Quinto.

De este modo las carretas mendocinas no pasaban por la dura prueba del Chorrillo. Pero el camino nuevo tenía, para los carreteros, otra ventaja grande: no los obliga a entrar en la ciudad de San Luis, donde había que pagar impuestos y donde no faltaba gente averiguadora, que siempre quería saber qué cargaban las carretas.

Los caminos se apartan. Pero, muchos veces el corazón se queda. Y así canta un paisano, justo ahí, donde el Chorrillo es una copla:

*“Ausencias causan olvido,
dice un antiguo cantar.
Miente el cantar porque yo
nunca te podré olvidar.”*

Como en San Luis nunca hubo muchas industrias, el puntano y otros que se establecieron en estas tierras, echaron mano de lo que estaba más cerca, para ir tirando.

Gobernador existió, con la pulpería junto al despacho de gobierno. Y llegar a la Legislatura oliendo a vaca no era nada del otro mundo en esta tierra de gente sin remilgos.

En el Chorrillo, pobres y ricos también se daban maña para vivir sin tristezas. Lo prueba don José Barreneche, que en 1876 instaló una curtiembre. Y lo demuestran el agrimensor Rafael León y don José Elías Rodríguez, que allá por el 90 formaron una sociedad para instalar un tranvía hasta San Roque y explotar un hipódromo en el chorrillo.

De paso, es bueno ir viendo como, desde que San Luis es San Luis, la gente va hacia donde sale el sol, buscando compañía de la sierra.

Hasta los que no eran de acá le tomaban gusto a las mañanitas con olor a poleo. Como le pasó a don León Guillet, que se enamoró del Volcán y gobernó mejorando caminos y soñando puentes y otras maravillas.

El que entiende de esas cosas, apreciará las buenas obras.

Y el que no quiera complicaciones, que siga cantando.

Porque el Chorrillo es una copla, chiquita pero entradora pero entradora como clavo de picana:

*“No atropellen compañeros,
Porque grande es el portillo.
Sigam por la misma hebra,
Que lo han de hallar al ovillo.”*

En los senderos de la sierra, lejos de los afanes y las preocupaciones de la ciudad, también florecen los versos. Porque la sierra es como una madre, y siempre como una madre sabe hablarle al corazón.

Lo que ahora duerme escondido en leve estrofa, no es más que la ilusión primaveral de los mozos y las mozas que andaban por ahí, donde clarea el Chorrillo su vibración de plata:

*“Ya de tarde, bajábamos por íntimas laderas,
fragantes y profundas de nostálgicas esencias.
El poleo salmeaba el alborozo, y la hebra
del grillo se enroscaba en las sombras opulentas.”*

Digan lo que digan, el hombre de esta tierra no pasa en vano.

Huellas y senderos le dicen palabras que sólo él entiende. Palabras que vienen de la raíz de la estirpe y que lo atan a la querencia, con ese apretado lazo que torna pájaro cantor al corazón.

El agua, los árboles, los pájaros, todo se le va alma adentro al puntano. Por eso vuelve de todos los horizontes, siempre el mismo: mitad silencio y la otra mitad esperanza.

El Chorrillo es una copla. Cuatro versos, cuatro estrellas para mentar al amor:

*“Si mi destino lo quiere,
me resolveré a quererte.
Pero si me pagas mal
me conformaré en la muerte.”*

Ya son leyendas los sauces del Chorrillo. Viven, más que en la tierra verde y fresca, en los cantares que bordan las guitarras para hacer más grata la fiesta. Y hasta se vuelven monumento vegetal para evocar la vida del que vivió cantando por estos pagos donde el zorzal hace nido.

Sauces del Chorrillo; melancólicos y fieles, propicios a la confianza de amor y más fraternales que la piedra para guardar, entrelazadas dos letras temblorosas de esperanza.

Y sin embargo, según cuentan las crónicas, a los sauces les salió un rival. Fue a principios de siglo, cuando gobernaba don Narciso Gutiérrez, aunque parece que la idea fue del ministro don Eulalio Astudillo.

Los sauces eran lindos para sentarse a tomar mate, mientras se doraba un asadito. Pero para progresar, para ir adelante, mejor era el mimbre negro.

Y allá salió la ley que facultaba al Poder Ejecutivo para invertir hasta mil pesos –una fortuna- en plantaciones de mimbre negro en las orillas del Chorrillo. Y todavía, al propietario que denunciase dos mil plantas en estado de ser industrializadas, el gobierno le regalaba 100 pesos...

Pero ganaron los sauces. Y hoy nadie se acuerda del mimbre negro, porque el Chorrillo es una copla:

*“Con el naipe de su amor
yo no quisiera jugar.
Me ha ganado el corazón.
No me puedo desquitar.”*

Hace un poco menos de doscientos años, cuando el marqués de Sobremonte vino a visitar la ciudad de San Luis, no sólo se entretuvo inspeccionando las pulperías y tratando de que a los vecinos se les vendiera carne mejor y más barata: ordenó también que se arreglase el camino real, desde el río Quinto, particularmente en los tramos boscosos.

Y en verdad que, desde el Alto Grande hasta el Chorrillo, talas, chañarse y quebrachos amenazaban con borrar la huella, a la vez que a fuerza de uña rechazaban el tesón de las arrias.

Los tiempos cambian. Por eso no hay que extrañarse cuando alguien recuerda que, en 1928, el gobernador don Toribio Mendoza dispuso plantar árboles junto a la acequia, desde el Chorrillo hasta Puente Blanco.

Entonces, en la tierra un poco hosca hundieron sus raíces pimientos y sauces y algún álamo lució su altivez rumorosa.

Ya nadie se acordaba del marqués de Sobremonte y el único que andaba apurando a los ingenieros era el ministro don Cipriano Tabeada Mora, flaco y alto él también, como caña de Castilla.

Pero con la apariencia de las personas, hay que ser prudente. Aunque todo está permitido cuando el Chorrillo es una copla:

*“El que nace para calvo,
desde chiquito es frentón.
El que tenga cola i paja,
huya de la quemazón.”*

Dicen que entre copla y copla, la diferencia no es mucha. Por eso será que en la rueda de la fiesta, ambas parecen hermanas de la picardía:

*“A mí no me gusta el vino
ni tampoco el aguardiente.
A mí no me gustan las niñas
de los quince hasta los veinte.”*

Pero no hay que fiarse, porque sin cambiar el tono, echa a rodar el canto otros donaires:

*“Antes que Cristo se fuera
de este mundo tan doliente,
dejó para bien del hombre
vino, chicha y aguardiente.”*

Parecidas cosas se oían por el Chorrillo, en 1920, cuando don Paulino Sovejano era inspector de la cuadrilla que arreglaba el camino hasta San Roque y Santa Dionisia.

Porque, acallado el rumor de las palas, entran a tallar las cuerdas. Y en la penumbra de los deseos, cuando la sangre se enciende de reclamos, hasta el jote dragonea de zorzal.

Y el Chorrillo es una copla:

*“El negro que tiene plata
donde quiera dentra y sale.
Como yo soy negro pobre,
Ni las razones me valen.”*

No siempre es fácil recordar la amplitud del partido del Chorrillo. Y más de uno se asombrará al saber que en ese pintoresco partido están comprendidas las poblaciones de San Roque, las Chacras, el Volcán, la Estancia Grande y el Potrero de los Funes.

Ese partido constituye el corazón de la puntanidad, pues los parajes mencionados comenzaron a poblarse antes de haber sido fundada la ciudad de San Luis.

Allí, en la punta de la sierra, en los amenos valles, junto a los arroyos frecuentados por los mansos aborígenes, el puntano se plantó vertical, mientras otros pasaban de largo, atraídos por el embeleco del horizonte.

Como el partido del Chorrillo es tan grande, están incluidas en su riqueza las canteras de granito del volcán, que los hermanos Mauro comenzaron a trabajar a principios de este siglo.

Precisamente en 1914 los Mauro tuvieron la idea de abrir un camino hasta la estación Daniel Donovan, que entonces era conocida simplemente como el kilómetro 84.

Muchos vecinos pusieron el hombro, cediendo terrenos. No está demás recordar, entre esos generosos pobladores a Bernardino Etcheverri, a Santiago Suárez, al doctor Julio Olivero, a Ernesto Latino y también al director de la Escuela Normal, don Federico Newton.

Gente generosa, sí, la del Chorrillo. Por eso hasta en una copla dice lo que es lindo decir:

*“Al corazón te lo doy,
porque gobierna mi vida.
Sólo el alma no te doy,
porque esa prenda no es mía.”*

*“Así cantando y bailando
se pasa mejor la vida.
El que no lo quiera creer,
que siga la cuesta arriba.”*

Cuando hay proporción, el puntano se divierte. No importa que sea pobre o que sea rico: también el cuello duro deja pasar la empanada. Y si se tranca, el remedio es un buen trago.

No será filosofía clásica, pero es verdad campesina. Verdad vivida a lo largo de los años en esos lindos pagos del Chorrillo, frecuentados hasta por los gobernadores.

La fiesta se armaba con cualquier pretexto: que el ministro Fulano quería ver con sus propios ojos dónde había que construir el dique; o que el ingeniero Mengano deseaba probar las aguas. O, para dejarse de historias, que a Su Excelencia no le venía mal un asadito para ir masticando el mensaje.

Así, con discursos y buen vino, se inauguró el dique del Chorrillo el primero de mayo de 1887. Don Antonio Quadri, que lo había construido, ese día hasta habló en francés con el ingeniero Yegú.

Y los criollos? Ellos también se daban maña. Ahí, donde el Chorrillero es una copla, no faltó un cantor que le dijera a una niña de la sociedad:

*“Una tijerita de oro
yo me quisiera comprar,
para cortarte las alas
cuando quieras volar.”*

El valle del Chorrillo, tan pródigo en aguas subterráneas, despertó diversos proyectos destinados a proporcionar a la ciudad un beneficio que reclamaba desde sus orígenes.

Entre esas buenas ideas hay que mencionar la perforación de un pozo artesiano, labor comenzada en 1913 bajo la dirección de un ingeniero nacional.

Claro que los puntanos también tuvieron oportunidad de ganar algunas chirolas, particularmente a causa de la máquina perforadora, que consumía mucha leña.

El que primero se comprometió a entregarla, fue don Bernardino Poblet, quien cobrara nueve pesos con cincuenta centavos por tonelada. Eso era en el verano, porque en el invierno las cosas cambiaron, y el gobierno apenas conseguía leña a razón de doce pesos, que era lo que pretendía don Juan Lima.

Esto de la leña no era tan simple, porque más de uno iba prendido en el negocio. Por eso los paisanos comentaban las idas y venidas de los contratistas, la leña floja y el hambre de la máquina perforadora, que tragaba toneladas y toneladas sin dar en recompensa un hilito de agua.

Y hasta decían que, por culpa de esa máquina, la provincia iba a quedar como el mozo querendón, aquel de la copla.

Porque sin pozo y sin leña, el Chorrillo es una copla:

*“Por querer y andar queriendo,
y requerer me han dejado
amarillo, largo y seco,
como vela de finado.”*

Las calles se van llenando de nombres repetidos. A muy pocos se les ocurre bautizarlas con los apelativos de la gente que hizo algo en bien de la provincia. Todo tiene que venir de afuera: hasta los nombres de las calles. Y así, pronto no vamos a saber nada de lo nuestro.

Está bien eso de admirar y respetar a los próceres, aunque mejor sería imitarlos. Pero, aunque no hayan llegado tan alto, muchos hombres de San Luis merecen el recuerdo agradecido de sus paisanos. Porque

trabajaron con fe. Porque amaron la patria chica y trataron de hacerla mejor para que otros fueran más felices.

Triste cosa es quedarse sin raíces. Y peor, mucho peor, es ser ingratos.

Son muchos los que abrieron la huella. Sin embargo, ya sería cosa muy noble decir, de ves encunado, algunos nombres.

Ahí en el Chorrillo enseñaron a ser buenos vecinos un Narciso Domínguez, un Luis Lucero, un Guillermo Orozco o un Cosme Sosa. Claro que no fueron próceres. Pero es que el hombre no nace para estatua, sino para alargarse en buenas obras, en lealtad, en honradez. Y, sobre todo, en cordialidad derramada sin alardes sobre el prójimo, que no es ni más ni menos.

De ese temple hubo muchos cantores por ahí, donde el Chorrillo es una copla. Como aquel que guitarreaba sus finezas:

*“Tres cosas hay que deseo:
amor, esperanza y fe.
La primera, yo te envío;
la tercera, Dios te dé.”*

Quién no quiso alguna vez, quedarse convertido en sauce junto a el agua clara, mientras el verano crece en estridencia de chicharras?

Ser un sauce, o simplemente una caña, leve y musical, simple como la quieta presencia de las cabras a la hora en que las piedras convocan el verdor de raudas lagartijas?

Ser un árbol, y decir como el manso poeta decía:

*“Tengo ojos en la flor, voz en el agua
y crezco vertical hacia azul cielo;
todo es paz y color y fresca aroma,
silencio penetrante de lo eterno.”*

A través de los días y las noches, en compañía de sueños y desencantos el hombre busca el cielo. Levanta a él los ojos, o se encamina a su bonanza por los senderos del alma. Ciego y sin luz, nombra el cielo. Y cuando el sol le dora la piel sedienta de paraísos, el cielo es voz que consuela su corazón desamparado.

Pero este cielo azul de San Luis no quiere penas. Recortado por las sierras orlado por las copas opulentas de los pimientos, hecho trizas de luz por el canto de la calandria, el cielo acompaña al puntano y le da rumbo inigualado.

Ser árbol, simple y bueno, junto al agua clara. Y oír, sin conmoverse, la eterna queja del amor. Queja de amor, más honda cuando el Chorrillo es una copla:

*“Si el corazón me lo pides,
aquí lo tienes rendido.
Cómo te lo he de negar,
si eres mi cielo querido?”*

El valle ameno también se cubrió un día de rosas de esperanza. Fue cuando Nuestra Señora de Fátima quiso tener allí su morada. A la vera del camino como una estrella de paz –acaso la misma estrella del portal de Belén- su consuelo se brindó al corazón entristecido. Y en verdad, hubo un revuelo de palomas sin mancha cortando el aire fragante del Chorrillo.

Hermanas de las casas rumorosas de los niños, hermana también del rancho escondido entre el verdor de los álamos o en los repliegues de la sierra, la casita de la Virgen fue morada de oración y de fe, de ternura clara como las mañanas de los pobres.

Umbral de la concordia, fragante alero de la alegría, Fátima estaba allí junto a los afanes y los sueños. Y sobre sueños y afanes el cielo florecía.

Y así está, todavía, en su callada soledad. Hay en la tarde rumor de alas en su jardín fragante, y el agua ríe entre el verdor, con los ojos llenos de cielo.

Se abren las rosas y en cada una el rocío nombra a la esperanza. A los lejos, los cerros se azulan. Y una bondad de pan, de brasa compañera, de mano que sabe decir hondas palabras, una bondad de silencio que acompaña y guía, una bondad que sólo tiene un nombre, cae de las manos juntas de la Virgen y nos perfuma el alma, para toda la vida.

El Chorrillo es una copla...

*“Madre del amor hermoso
y de la santa confianza:
en ti pongo mí esperanza
y esperando soy dichoso.”*

*** FIN ***

